

María Zambrano

Ortega

Edición de Pedro Chacón y Mercedes Gómez Blesa
Introducción de Pedro Chacón



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: abril de 2026

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Lucía Moreno y Miguel S. Moñita

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Fundación María Zambrano, 2026
© de la introducción: Pedro Chacón Fuertes, 2026
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 979-13-7009-218-4
Depósito legal: M. 145-2026
Printed in Spain

Índice

- 9 Introducción. María Zambrano: desde y más allá de Ortega, por Pedro Chacón

Artículos

- 35 Señal de vida (1933)
48 Ortega y Gasset, universitario (1936)
53 Una voz que sale del silencio (1940)
65 Ortega y Gasset, filósofo español I y II (1949)
106 El problema de la filosofía española (1948)
117 De Unamuno a Ortega y Gasset (1949)
130 Ortega y Gasset, filósofo español (1953)
144 Don José (1955)
148 Ortega y Gasset, filósofo y maestro (1956)
159 Apuntes sobre la acción de la filosofía (1956)
194 La filosofía de Ortega y Gasset (1956)
212 José Ortega y Gasset (1956)
227 Unidad y sistema en la filosofía de Ortega y Gasset (1956)
245 *El Espectador* (1961)
254 Un frustrado *Pliego de cordel* de Ortega y Gasset (1963)
264 José Ortega y Gasset en la memoria. Conversión-revelación (1983)
270 Ortega de madrugada (1985)

Cartas

- 277 11 de febrero de 1930
283 4 de noviembre de 1930
286 28 de mayo de 1932
293 Dos borradores de cartas a Ortega (1932)

Manuscritos publicados

- 301 Los intelectuales en el drama español. Los que han ca-
llado. Ortega y Azorín (1940)
311 La razón que se busca. (A propósito de la razón vital)
(1970)

Introducción

María Zambrano: desde y más allá de Ortega

«Estoy hace muchos años alejándome de su pensamiento, de la razón histórica, concretamente. Mi punto de partida es la [razón] vital, pero la he desenvuelto a mi modo. Eso no importa. Seré su discípula siempre»¹. Con estas palabras María Zambrano confesaba, en carta dirigida a su amiga Rosa Chacel, cómo asumía, tras la muerte de Ortega y Gasset, la estrecha pero compleja relación, personal e intelectual, que había mantenido con quien siempre consideró su maestro. Los artículos, cartas y manuscritos sobre Ortega recogidos en este volumen fueron redactados por María Zambrano a lo largo de más de cincuenta años, desde 1930 hasta 1985, y todo lector que se adentre en ellos fácilmente apreciará

1. María Zambrano, Carta de 1 de abril de 1956 en *Cartas a Rosa Chacel* (edición de Ana Rodríguez Fischer), Madrid, Versal Travesías, 1992, p. 51.

la aparentemente paradójica relación de cercanía-alejamiento que testimonian estos textos. Hasta tal punto de que, sin pretensiones de ser original y sin entrar en precisiones, se puede afirmar que Zambrano, además de otras cosas, pero no en menor grado que ellas, fue siempre una fiel discípula heterodoxa de Ortega.

La trayectoria intelectual de María Zambrano y la propuesta con la que se identifica su filosofía, la de una razón poética, solo pueden ser adecuadamente comprendidas si se asume la sombra que sobre ellas planea de otros pensadores, del pasado y de su presente. Ella misma reconoció su admiración y la deuda que, desde su juventud, tenía contraída de forma muy especial con Plotino, Spinoza, Nietzsche, Bergson y Max Scheler por citar solo los más sobresalientes. Pero no solo filósofos; en las sendas por la que transitó su pensamiento también estuvo acompañada por poetas y místicos, de modo especial por san Juan de la Cruz, en los que aprendió a vislumbrar la posibilidad de un saber del corazón y una visión pasiva del sentir en los que se revelaría la propia transcendencia del ser humano. En el origen de la razón poética estuvo el anhelo de María Zambrano por superar la negativa escisión entre filosofía y poesía que, desde la Grecia clásica, habría venido lastrando al pensamiento occidental. Planteamiento inicial, anhelo y meta bien distintos a los orteguianos.

Si centramos la atención en quienes le fueron contemporáneos, resulta obligado reconocer que otros maestros también ejercieron una gran influencia en la vida y

en el pensamiento de María Zambrano, e, incluso, que con algunos de ellos llegó a tener, en determinados aspectos, una mayor afinidad que la que tuvo con Ortega: su padre, don Blas, permanente referencia intelectual y moral, don Miguel de Unamuno, cuya concepción trágica del individuo y de la religión compartía en gran medida, y Antonio Machado, en quien admiraba no solo su cualidades poéticas sino también su ejemplar humanidad y su identificación con el pueblo llano. A ellos vendría a añadirse, años más tarde, un pensador como Louis Massignon, su guía en el misticismo islámico, a quien, pese a su deseo, no pudo llegar a conocer personalmente.

Ninguno, sin embargo, fue tan decisivo y relevante en la gestación y posterior evolución de la filosofía de Zambrano como Ortega; solo de él se declaró una y otra vez «discípula» más allá y más acá de las diferencias que les separaban. No resulta extraño, por tanto, que las relaciones entre maestro y discípula hayan ocupado un relevante lugar en los estudios sobre el pensamiento zambraniano². Excedería los límites de esta introducción

2. Cfr. entre otros: Cerezo, P. *María Zambrano. Razón poética y esperanza*, Madrid, Sínderesis, 2024; Duque, F., «Dios a la vista en Ortega y María Zambrano», *Revista de Filosofía*, n.º 80, 1994, pp. 282-309; Gómez Blesa, M., «Zambrano: Más allá de la razón vital», *Revista de Occidente*, n.º 276, 2004, pp. 76-87; Maillard, M. L., «Zambrano y Ortega, la deuda de un magisterio que nada tiene que ver con la nostálgica memoria», *Revista de estudios orteguianos* n.º 8-9, 2004, pp. 249-260; Moreno, J., «Ortega asumido desde su raíz y llevado lejos», en *El logos oscuro*, vol. I, Madrid, Verbum, 2008, pp. 334-374; y Tejada, R., «Zambrano y Ortega. Más allá del magisterio y de la heren-

cualquier intento de abordar en su integridad las vinculaciones y las discrepancias entre las filosofías de Ortega y Zambrano por lo que tan solo se esbozarán aquí los datos más significativos del contexto histórico de los textos que integran este volumen y las características generales de aquellas complejas relaciones.

Zambrano comenzó a leer a Ortega muy pronto, durante su adolescencia segoviana, en un libro que encontró en la biblioteca paterna y que siempre valoraría por encima del resto de sus obras posteriores: *Meditaciones del Quijote*. Libro auroral, llegará a calificarlo, porque en él habrían comenzado a revelarse la raíz del «sistema» de Ortega y sus intuiciones fundamentales sobre la unificación de razón y vida. Y aun más: en el prólogo al lector que Ortega había escrito para ese libro en 1914, Zambrano, encontró un ideal de la tarea del filósofo con el que se identificaría: la de quien guiado por un *amor intelectualis* salva, iluminándolas mediante la razón a todas las cosas, aun las más modestas, y a sus circunstancias más concretas, a la vez que se salva a sí mismo.

El encuentro personal entre ambos tuvo lugar, años más tarde, cuando Zambrano, cuya familia se había trasladado en 1926 a Madrid, pudo cursar presencialmente los estudios que había iniciado en la Facultad de Filosofía de la Universidad Central: asiste a las conferencias y cursos que Ortega imparte, es contratada como ayudan-

cia», en Zambrano, M., *Escritos sobre Ortega*, Madrid, Trotta, 2011, pp. 9-59.

te de la cátedra de metafísica, comienza a redactar bajo su dirección una tesis doctoral inacabada sobre Spinoza y se integra en el restringido grupo de jóvenes vinculados a la *Revista de Occidente* en la que colabora con reseñas y artículos. En los textos que se editan en este volumen, Zambrano recuerda con añoranza algunos de los momentos en que pudo compartir la compañía y disfrutar, de forma privilegiada, de la confianza de su maestro: un viaje en tren a El Escorial, el trayecto en su coche a las afueras de Madrid, los paseos a pie a la salida de la Facultad, el secreto compartido de redacción de un pliego de cordel...

Innecesario resulta recordar que la relación que se estableció entre ambos y, en particular, la perspectiva desde la cual Zambrano escribió sobre la persona y la obra de su maestro estuvieron inevitablemente afectadas por las históricas y variables «circunstancias» de la vida de ambos a lo largo de los años. Si bien, su respeto y admiración por Ortega, así como el reconocimiento de la gran aportación que habría supuesto para la filosofía española, se mantuvieron constantes, la atención y las valoraciones que Zambrano irá concediendo a distintos aspectos dejan traslucir cambios, en su situación personal y en sus posiciones filosóficas, en los que se pone de manifiesto un progresivo proceso de independencia de la sombra de Ortega.

En los escritos de los años 30 que dedicó a Ortega, «Señal de vida» y «Ortega y Gasset, universitario», Zambrano subraya, junto a la novedad y relevancia de

sus aportaciones filosóficas, su figura de intelectual comprometido con la transformación de la vida española. Un Ortega «político», que con su pluma, sus conferencias, y cursos habría venido, según Zambrano, a salvar caritativamente a España de su naufragio histórico y a servir de faro a los jóvenes de una esperanzada generación con la que ella se identifica. En aquellos años, a la vez que se sentía seducida por la luminosa claridad que desprendían sus clases y artículos, no dejaba de ver en Ortega al líder intelectual que necesitaba España, el guía que debía dirigir sus ineludibles reformas culturales y sociales. Una labor que, subrayaba elogiosamente Zambrano, había emprendido, no encerrándose en su cátedra académica, sino saliendo a la palestra de lo público y promoviendo de forma activa asociaciones políticas, aunque no partidistas, como la Liga para la Educación Social y la Agrupación para el Servicio de la República. De la fidelidad e identificación con Ortega que mantuvo Zambrano en este punto seguiría dando testimonio, mucho tiempo después, en su emocionado recuerdo de la intervención de Ortega sobre el Estatuto de Cataluña en las Cortes Constituyentes.

Sin embargo, aquella fidelidad no excluía discrepancias en la acción política entre Zambrano y Ortega. El lector de las cartas de Zambrano que hemos incorporado en el Anexo podrá quizá sorprenderse del tono con el que, en la primera de ellas, reprocha a Ortega una excesiva pasividad en sus actuaciones públicas y le demanda una intervención más activa a favor del cambio político;

confianza y atrevimiento juvenil que se pone de manifiesto cuando le reprocha que el artículo «Organización de la decencia nacional» no había estado a su altura y a exigirle que «Debe y puede Vd. hacer más, Sr. Ortega y Gasset» (p. 280). Un tono bien distinto de la segunda en la que se esfuerza por evitar que el admirado maestro interprete su primer libro *Horizonte del liberalismo* como una crítica a sus ideas, subrayando que en modo alguno ha pretendido enfrentarse ni discrepar de él; en fin, en la tercera y última de las cartas conservadas, María Zambrano, sin duda afectada por el fracasado y ambiguo proyecto del Frente Español en el que había participado junto a otros jóvenes derechistas también afines a Ortega, le suplica que haga oír su voz orientando políticamente a una generación perdida. Una relación epistolar que fue unidireccional: no consta que Ortega le contestara, al menos no se conserva ninguna carta suya dirigida a Zambrano.

Los dramáticos acontecimientos de la guerra civil que enfrentó a los españoles comportaron también un profundo distanciamiento personal y político entre maestro y discípula. María Zambrano fue una firme defensora de la República frente a la sublevación militar y se integró de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, mientras que el liberal Ortega se exilió en agosto de 1936 a Francia y desde allí mantuvo una posición que pretendía no declararse militante a favor de ninguno de los bandos. Poco antes de su salida de España, cuando se encontraba refugiado y enfermo en la Residencia de Estudiantes,

fue a visitarle un grupo de milicianos, entre los que se encontraba María Zambrano, con el propósito de que firmara un manifiesto a favor de la República. Sobre este episodio, quizá la última ocasión en que se encontraron, se han dado distintas versiones acerca de la conducta amenazante o, por el contrario, mediadora que pudo tener en él Zambrano. Pero más relevantes son las duras críticas que la pensadora vertió sobre el apoyo a los sublevados de unos liberales, caso de Marañón³, y su desconsolada reacción ante el silencio de otros, caso de Ortega. Al comienzo de la contienda, Zambrano esperaba una palabra de su maestro en defensa de la República que él había ayudado a instaurar. No fue así y en sus escritos posteriores seguirá recordando la decepción y el dolor que le causó que Ortega callara. Quien había sabido reconocer la vida humana, individual y colectiva, como un drama, no habría sido sensible a su tragedia.

Una etapa muy diferente de la relación entre ambos se abrió tras la finalización de la guerra con el forzoso distanciamiento que comportó el prolongado exilio de Zambrano. No volvieron a encontrarse ni mantuvieron una relación epistolar. Ortega no mencionó a Zambrano en ninguno sus textos, ni se hizo eco de la recepción de los dos libros dedicados que su discípula le hizo llegar: *Filosofía y poesía* y *Pensamiento y poesía en la vida española*. Por el contrario, Zambrano reaccionará esforzándose

3. «Carta al doctor Marañón» (1937), *Los intelectuales en el drama de España*, en *Obras Completas*, vol. I, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015, pp. 172-179.

por comprender las razones que habrían llevado a Ortega a mantener su silencio, y su esfuerzo le llevará a reconocer el derecho que tenía, como profeta de una tragedia que no pudo evitar, a permanecer callado, la legítima posición que pudo adoptar cuando esta ya había sobrevenido, y el sufrimiento que también su maestro habría tenido que soportar⁴. A partir de entonces, Zambrano no dejará de mencionar elogiosamente a Ortega, y rendirá explícitos y sentidos homenajes a su persona y a su obra.

A lo largo de sus años de estancia en Cuba y Puerto Rico (entre 1940 y 1953) María Zambrano, no logró ser contratada como profesora estable en ninguna de sus universidades, A este respecto su situación académica fue bien distinta del otro gran discípulo de Ortega, José Gaos, «transterrado» en México donde pudo desarrollar una fecunda labor docente. Pero ello no impidió que fuera reconocida por asociaciones y departamentos universitarios e invitada a impartir diversos cursos y conferencias sobre Ortega (algunos de cuyos manuscritos se conservan en los archivos de su Fundación). También publicará durante su exilio caribeño cuatro artículos en cuya redacción la propia pensadora se lamenta por no haber podido contar con los apuntes de las clases de Ortega y los libros de los que habría tenido que desprenderse al salir de España en enero de 1939. Tampoco le

4. Cfr. en este volumen «Los intelectuales en el drama español. Los que han callado. Ortega y Azorín» (pp. 301-310) y «Una voz que sale del silencio» (pp. 53-64).

resultó fácil, durante sus años de exilio en aquellas islas, estar al día de las nuevas obras que Ortega iba publicando tras la guerra. En 1940 se hace eco, aunque sin ahondar en su contenido, de *Ensimismamiento y alteración*, pero poco más.

Gran parte del contenido de aquellos escritos los redacta recurriendo a lo leído y escuchado presencialmente años antes, en particular, además de su siempre omnipresentes *Meditaciones del Quijote*, a los cursos que había impartido Ortega en la década de los años 30. La memoria fue su gran aliada en este trance, aunque no recordara con exactitud el título de esos cursos a los que reiteradamente menciona como «Tesis metafísicas acerca de la razón vital» (y en alguna ocasión «de la razón histórica»), en lugar de «Principios metafísicos de la razón vital». Es importante subrayar que, en aquellas intervenciones y artículos, al igual que en los que escribirá con posterioridad, el interés de María Zambrano no se encamina hacia la exposición de las diferencias que entre ellos habían surgido ni hacia la justificación de las divergencias sus respectivas concepciones filosóficas. Predominantemente son escritos orientados a ensalzar y subrayar las grandes aportaciones que Ortega había hecho al pensamiento español, o en un sentido más amplio, a la vida española, y a la filosofía universal, así como a reconocer la deuda insoslayable que ella misma y su generación habrían contraído con su maestro. Buen ejemplo de ello son los cuatro artículos que publicó sobre Ortega en el período comprendido entre 1948 y 1953 recogidos en el presente volumen.

Es amplio el número de elogiosos calificativos con la que Zambrano se refiere en estos años a Ortega: «héroe sin melancolía», «animador de poderes dormidos», «sabio a la intemperie», «pensador callejero», «campeón de la europeización de España»; en él «coincidían destino y persona» y «convirtió la fatalidad en empresa». Una y otra vez, subraya sus cualidades personales y de estilo: claridad, autenticidad, fidelidad a la situación en la que vivía, coherencia entre la persona y la obra, y generosidad intelectual. Pero, por encima de todo, Ortega habría llegado a ser, a la vez, un filósofo español y un pensador universal. Zambrano reitera su enraizamiento nacional en los escritos que le dedica, rasgo definitorio que le servirá como idéntico título para dos artículos: «Ortega, filósofo español». Antes de él, habría habido en la historia de España, de acuerdo con la acumulación de nombres aportados por Menéndez y Pelayo, relevantes pensadores y filósofos precursores, incluido Unamuno que era, ante todo, a los ojos de Zambrano, un poeta trágico. Solo con la aparición de Ortega podría en rigor hablarse de una filosofía española.

Aquel enraizamiento nacional no habría sido una contingencia accidental en la reflexión de Ortega, sino su origen y su destino. Zambrano llegará a decir que el ser español «es la sustancia de su vida personal, de su determinación concreta, lo que nos hará aparecer con mayor diafanidad su condición filosófica» (p. 74). Después de su etapa de formación en Alemania, Ortega habría asumido la gran tarea que España precisaba: orientar

con el pensamiento necesarias y urgentes reformas intelectuales y sociales, salvarla del «naufragio nacional». Tarea que habría acometido imbuido de un spinozista *amor intellectualis*, al que Zambrano prefiere en el caso de Ortega llamar caridad intelectual, mediante una reflexión que fue, como lo había sido desde su origen la filosofía, una razón cargada de razones de amor.

Tras su exilio caribeño y su traslado a Roma en 1953, María Zambrano también inició una «segunda navegación» en su trayectoria filosófica que comportaría una nueva etapa en sus relaciones con la herencia recibida de Ortega. Su comienzo vino casi a coincidir con la muerte de su querido maestro en octubre de 1955 que le conmueve profundamente. De nuevo es requerida para que escriba sobre Ortega y, en poco más de un año, publica seis artículos en los que le rinde un sentido homenaje a la vez que le proporcionan la ocasión de reflexionar sobre su ya imperecedera presencia. Y surge la confesión de que don José ha quedado incorporado definitivamente a ella:

Y así no es nada extraño que años después, lejana de aquella vida y en el dintel de una nueva que comenzaba para mí, sintiera que aquel su pensamiento se me transformaba en sustancia ética, lo cual es una de las manifestaciones del verdadero pensamiento [...]. Y cuando del pensamiento de un maestro en horas así se vierte ese precipitado puramente ético, hasta parece sea [su] sustancia, entonces el ser discípulo queda incorporado a la persona, inseparable de ella. Y es un extraño alimento, en forma de implacable exigencia (p. 147).